

El sentido del ocio

Ricardo Yepes Stork¹

1. El problema de la diversión

Hoy en día mucha gente joven identifica el ocio con la diversión y practica ésta sobre todo por la noche, durante la cual "ingieren" estimulantes variados (alcohol, ambiente rock, etc.) para mantener un ritmo que les permita expresar ese plan hasta la mañana.

La finalidad de la diversión es "pasarla bien", cosa que no sólo es legítima, sino necesaria, puesto que a nadie le gusta pasarla mal; tenemos derecho a disfrutar, a descansar, a gozar de las cosas buenas de la vida. Sin embargo, hay muchos modos de pasarla bien, y el que se acaba de mencionar no siempre es el mejor, ni objetiva ni subjetivamente. De lo que se trata es de entender cuál es la mejor manera de descansar, divertirse y gozar de las cosas buenas, partiendo, eso sí, de que el descanso y el ocio son una necesidad humana ineludible, puesto que quien no los ejerce pierde la salud en poco tiempo.

Para plantear el problema conviene primero decir algo sobre el placer. El placer no sólo no es una cosa mala, sino al revés: es algo *natural*, y por eso en sí mismo es bueno; es el gozo o deleite que sentimos al poseer lo que buscamos o realizar lo que queremos. El placer tiene un cierto carácter acompañante de las actividades humanas, tanto sensibles y corporales como intelectuales y voluntarias. Y da a esas actividades un cierto carácter de consumación y perfeccionamiento.

Sin entrar ahora en el problema moral que se deriva de convertir el placer, que es como una consecuencia que acompaña a las actividades, en un fin que se busca por sí mismo, podemos establecer una distinción entre dos tipos de placeres que nos será útil para tratar el asunto de la diversión.

Hay unos *placeres con tarea*, que son aquellos que culminan una actividad en el momento en que ésta se realiza o se termina: en tales casos, el esfuerzo activo produce o cede el paso al placer de terminar o culminar la actividad, como sucede al descansar en la cumbre de una montaña tras el esfuerzo de subirla, o como sucede cuando se disfruta jugando un buen partido de tenis. En estos casos, el placer es acompañante o escolta de

¹ Ricardo Yepes Stork, doctor en filosofía, fue profesor de Antropología y Ética en la Universidad de Navarra. Murió en 1995 en un accidente de montaña, mientras realizaba una excursión.

una actividad que requiere tiempo y gasto de energías físicas o intelectuales. Pero también existen los *placeres sin tarea*, que son aquellos que, por así decir, se consiguen sin otro esfuerzo que sacar la tarjeta de crédito. Son placeres que no requieren una actividad ni un esfuerzo previos: se trata de apretar un botón y pedir una bebida, etc. Este tipo de placeres ordinariamente se reciben de fuera como algo que se nos ofrece o envía, y por eso la manera más corriente de conseguirlos es comprarlos (en tal caso el esfuerzo corresponde al trabajo previo del que paga).

Es obvio que los placeres sin tarea plantean el problema de su justificación moral: ¿hasta qué punto es bueno admitirlos y "tomarlos", y en qué medida? La respuesta a esta pregunta debe apoyarse en el principio ya mencionado: el placer no es un fin, y convertirlo en eso no está moralmente justificado. Los placeres no deben separarse de las necesidades, tareas y actividades cuyo cumplimiento los origina de manera natural (piénsese en el famoso ejemplo de los banquetes romanos donde se comía varias veces sólo por placer).

**“El placer no sólo
no es una cosa
mala, sino al revés:
es algo *natural*, y
por eso en sí
mismo es bueno.”**

2. El ocio mal entendido

El modo menos profundo de pasarlo bien es el que suelen poner en práctica las personas afectadas por el aburrimiento, un fenómeno bastante extendido en nuestra sociedad. A quienes los sufren les parece que la tarea propia de la semana, es decir, el trabajo, lo cotidiano, las obligaciones y asuntos que se tienen pendientes, es algo que no sólo no resulta interesante, sino todo lo contrario: uno se siente más bien contrariado por lo que tiene de sacrificio, esfuerzo y fatiga. La persona que no siente afición o gusto alguno por sus obligaciones se siente hartado de ellas antes de comenzarlas. Tales personas difícilmente se encuentran contentas en su lugar habitual: anhelan salir corriendo de él, porque se aburren (en casa, en el trabajo, en el estudio). Nada de lo que hacen allí parece llenarles o satisfacerles.

Estas personas en realidad no se sienten libres y a su gusto en su lugar cotidiano: necesitan desplazarse a un escenario distinto, lejos de las odiosas miradas de todos los días. Para ellas, lo más odiado es "Lo Mismo de Siempre". Por eso, no suelen admitir conversaciones sobre estudios o trabajo, sobre "problemas" o asuntos serios, que pertenecen al mundo que en el fondo encuentran cargante: cuando están a sus anchas, las reglas del juego cambian; "Lo Mismo de Siempre" pasa a ser el mundo aburrido que hay que olvidar. En ese nuevo ámbito la ley de oro es esta: divertirse, pasarlo bien.

En este ambiente pasarlo bien no significa exactamente disfrutar de un merecido descanso y gozar de aquello que hemos alcanzado con nuestro esfuerzo, o charlar e intimar con nueva confianza entre las personas que hemos empezado a ser amigas. Esto parece quedar reservado más bien para las personas "mayores" o "sosas". Aquí, y sobre todo en ciertos ambientes jóvenes, se trata más bien de vivir experiencias nuevas, de tener sensaciones fuertes, de probar de algún modo "el sabor de lo prohibido". Pero en ese ambiente sucede que hacer todos lo mismo es una ley bastante férrea, una especie de solidaridad entre iguales que nadie se atreve a romper por temor a ser tildado de "aburrido". El problema surge cuando no se sabe bien qué experiencias nuevas o sensaciones fuertes hay que probar. El criterio más socorrido es entonces ver qué está haciendo furor y seguir esa pauta, puesto que si hacemos lo que hacen todos no seremos excluidos de esos todos, y además estaremos a la moda.

Y así, lo que hace furor suelen ser experiencias de grupo, en las cuales se reciben estimulantes externos que provocan sensaciones placenteras, con las cuales se lo pasa uno "realmente" bien. Mientras se trate de subir en la montaña rusa, ir a patinar o meterse en un cine, la experiencia del grupo es muy normal y bastante inocente. Pero esto se parece demasiado a "lo mismo de siempre". Lo mejor es entrar en un mundo realmente diferente

“¿Qué sucede al despertar? Que otra vez es lunes, que estamos de nuevo en el mundo real, aburrido y gris.”

del normal, donde los estímulos placenteros sean fuertes de verdad, y encima te permitan estar eufórico, darle "marcha" a la diversión. La noche proporciona el tiempo y el ambiente propicios para crear esta atmósfera. No se trata tanto de "salir" como de entrar en un ambiente que tenga "marcha" de verdad. Entonces hay que tomar alcohol, darle fuerte a la música, bailar, fumar, y en general "estar a tope". El sexo puede entonces presentarse como un plato necesario de este "banquete", y en cualquier caso siempre está cerca la opción de "drogas de diseño", blandas o duras, hechas exactamente para esas ocasiones.

Acudir con frecuencia a este tipo de diversión requiere un buen aguante físico, que los estimulantes aumentan, sobre todo si son narcotizantes, pues abre además un mundo de experiencias sensoriales y físicas completamente nuevo y verdaderamente "alucinante".

¿Qué sucede al despertar? Que otra vez es lunes, que estamos de nuevo en el mundo real, aburrido y gris: otra vez "Lo Mismo de Siempre". La única actividad entonces con sentido es esperar de nuevo el "petardazo" del fin de semana, y mientras tanto recordar sus pequeñas anécdotas. Así parecen vivir una cierta cantidad de estudiantes durante una parte variable de su tiempo, a veces no pequeña. Cuando se ven un poco desde fuera y con objetividad, este plan parece un ocio mal entendido, porque reduce la vida a sólo dos posibilidades: pasarlo bien o aburrirse. Lo primero es "lo que hay que hacer". Lo segundo es lo que realmente se hace la mayor parte del tiempo.

En el ocio mal entendido el trabajo es una actividad bastante maldita y desprestigiada, y esforzarse por ella sólo se hace a cambio de "comprar" la libertad del fin de semana y de las vacaciones, que es cuando se puede pasar bien. Mientras tanto, lo mejor que se puede hacer es "llenar" el tiempo. ¿Cómo? De una manera enormemente sencilla: basta hacer un ¡click! y sentarse delante de una pantalla por la que empiezan a desfilas cosas y cosas durante horas y horas. La televisión es entonces como un corcho que rellena las horas sin sentido y sin tarea que realizar.

3. El ocio bien entendido

¿Una visión tan superficial de la vida es suficiente? Para la mayoría de la gente joven desde luego no lo es, pero no siempre aparecen alternativas claras y convincentes, que sustituyan de modo aceptable ese simple "pasarlo bien" que todos criticamos, y que quizá ni siquiera es tan frecuente como se dice.

La alternativa auténtica es *el ocio bien entendido*, algo bastante distinto a lo que antecede. Se cifra fundamentalmente en *las aficiones*. Uno puede tener afición a pescar, a pasear el perro, a escuchar música *country*, a leer novelas. Pero todas las aficiones tienen un denominador común: uno *hace algo porque le gusta*. Este hacer en algunas ocasiones es verdaderamente trabajoso, por ejemplo, construir barcos con pequeñas piezas de madera. Pero al hacerlo uno tiene la "sensación" (que jamás tendrá en una discoteca) de que está

creando algo, de que aquello es una obra que tiene un autor, que soy yo. Así empieza uno a ser autor de la propia vida: jugando a tener una afición que en el fondo uno se la toma así, como un juego, como algo que lo hacemos cuando queremos, porque queremos. Nadie nos obliga, ni nos dice cómo la hemos de hacer: nos puede dar por coleccionar bombillas, o por cultivar bonsais, o por escribir cuentos de horror. En todos los casos somos los dueños de lo que hacemos, y nos lo pasamos bien al hacerlo.

Si nos preguntaran: y eso que estás haciendo, ¿qué es? ¿para qué sirve?, diríamos que no sirve para nada porque es un capricho, una afición. Mejor dicho, sirve para mucho, pues es nuestro descanso, nuestra diversión, es el juego al que a nosotros, que ya somos mayorcitos, nos gusta jugar. Por ejemplo, tocar el violín, o la guitarra. Cualquiera se da cuenta de que las aficiones nos llevarían a comprar un libro para mejorar nuestra técnica de los bonsais, o a recibir unas clases de guitarra que nos encanta. Claro que podemos objetar que yo tengo la "afición" de levantarme a las 12 de la mañana, pero esto se entiende que es un truco lingüístico, porque afición significa *tarea gustosa libremente realizada*, y no inactividad o vagancia.

El ocio bien entendido es profundamente inútil, *porque tiene valor en sí mismo*, es decir, durante él se realizan actividades que en sí mismas son agradables, placenteras, y que las realizamos muy a gusto, por ejemplo, jugar o charlar, como hacen los niños o los mayores respectivamente. Las aficiones, cuando se cultivan se van convirtiendo en cosas cada vez más serias, que hasta pueden ser el origen de una vocación profesional, y que en cualquier caso tienen una continuidad en el tiempo, y nos ayudan a entrar en contacto con nuevos ambientes donde esa afición se cultiva: las aficiones fundan amistades extraordinarias entre quienes comparten el alpinismo, o el patinaje, por ejemplo, puesto que el deporte es una de las aficiones más sanas y socorridas para todos.

El ocio bien entendido es profundamente inútil, porque tiene valor en sí mismo."

Cuando se tienen aficiones "serias", y uno juega de verdad a ellas, en un equipo de deporte, en el jardín de su casa o en el parque, el plan de la "movida" deja de ser tan atrayente y pasa a ser algo que no da mucho de sí, y que no parece tan alucinante, puesto que filmar una película, por ejemplo, resulta más interesante, con lo que se pasa mejor y con lo que se aprende bastante.

Por último: el ocio mal entendido es propio de quienes viven una vida que no es la suya, sino que es más bien copiada de otros, puesto que carece de proyectos personales, de tareas que sólo nosotros podemos hacer. La masificación es un ingrediente necesario del ocio mal entendido: hacer lo que hacen todos cuando lo hacen todos y porque lo hacen todos, bajo pena de ser excluido de los "todos" si no se actúa así. Y masificarse significa, sobre todo, dejar de ser uno mismo, carecer de personalidad distintiva, de estilo propio, incluso en el vestir. Esta es una vida superficial, que produce hastío y en la cual hay por dentro un vacío cada vez más grande, puesto que "estar a tope" no basta para ser feliz. Ser feliz significa llenarse por dentro, y para eso hay que tener algo que llene la vida, que le dé sentido.

El ocio bien entendido es propio de las personas que viven su propia vida a su estilo, imprimiendo en ella el sello de su personalidad irrepetible. Y además, las tareas y aficiones son lo que realmente llena y te hace sentirte satisfecho de ti mismo. Las personas que viven de este modo tienen un camino propio que recorrer que quizá las otras nunca encontrarán. Se ven a sí mismas como gente que tiene algo nuevo que aportar al mundo que les ha tocado vivir.